

ALGUNOS CONCEPTOS GENERALES ACERCA DEL NARCISISMO Y SU RELACIÓN CON LAS NEUROSIS

Múltiples sentidos del concepto de narcisismo. El narcisismo en la clínica y en la teoría psicoanalítica. El punto de vista evolutivo. La configuración del eje narcisista en las neurosis.

Al intentar señalar el campo del narcisismo dentro de los cuadros clínicos de la neurosis, nos encontramos con una primera dificultad: la multiplicidad de sentidos del concepto de narcisismo. Esa multiplicidad conduce con frecuencia al equívoco, al punto que cuando alguien dice "narcisismo" es necesario preguntarse de qué narcisismo habla. La segunda dificultad, que deriva de la primera, es la variedad de teorías existentes acerca del narcisismo, la cual obedece en algunos casos a una conceptualización distinta, y en muchos otros, al hecho de que la teoría toma como punto de partida uno de los múltiples sentidos del término. Por ello es que hay teorías definitivamente contradictorias, y otras que en realidad no lo son, sino simplemente derivaciones conceptuales distintas en la medida en que han partido de puntos distintos, y que, por lo tanto, pueden coexistir o en algún modo articularse. El propósito de este ciclo sobre neurosis no es el narcisismo, de modo que no se pretende abarcar aquí toda su problemática. Es, sin embargo, necesario mencionarla porque inevitablemente, cuando hablemos de narcisismo, nos encontraremos en el equívoco, y la única manera de atravesarlo es tenerlo presente. La otra manera de evitarlo es, por supuesto, partir de la validez monolítica de una sola teoría que excluya cualquier otra conceptualización, pero no es esa la mejor manera de enfocar el problema. A continuación una lista de palabras que de alguna manera se toman como sinónimos de narcisismo:

anobjetal - autoerotismo - amor objetal primario- dependencia- relación primitiva de objeto - omnipotencia - egoísmo - autoestima - simbiosis - *self* primario - vínculo dual - indiferenciación del Yo - Ideal del Yo - Yo Ideal - relación de fusión - y posiblemente otras más.

Es fácil ver que todos estos conceptos o términos, si bien pueden tener una relación, no son lo mismo, y si bien pueden tener una relación con el narcisismo, no agotan su sentido.

Desde el punto de vista de la patología, de nuevo encontramos una diversidad de lecturas que aumentan las dificultades a la hora de una definición. Se habla de

narcisismo primario, temprano, tardío, de angustias narcisísticas, de grandiosidad narcisista, etc. Recordando el mito de Narciso, a partir del cual Freud tomó el nombre, el narcisismo tiene que ver con el reflejo, con la imagen en espejo, y pareciera haber tomado el destino de reflejar aquello que el autor quiere que refleje, hasta el punto de que el concepto puede tener tantas acepciones que termina por no significar nada, a fuerza de saturación. Se puede decir que un acto masturbatorio es narcisista -ya que es una relación con uno mismo y el placer es autoerótico- hasta que alguien que se crea el Diablo -sin serlo- es presa de un delirio megalomaniaco, y por tanto, narcisista. Se puede decir que una mujer es narcisista porque pretende gustarle a todos los hombres, y se puede decir que es tan narcisista que los rechaza. Luego viene el asunto de "los niveles", que resulta en uno de esos arreglos prácticos pero poco precisos: un poco, poquito, mucho, nada, casi nada, algo más. El psicoanálisis, a la hora de las mediciones, hace un mal papel. Otra solución igualmente penosa, es aquella de las "integraciones", en las cuales las conceptualizaciones se van intercalando como si el psiquismo humano fuera una especie de torre de Babel.

El problema surge desde el propio Freud que elabora una teoría del narcisismo y una teoría del Edipo, que van creciendo juntas, pero con base a la yuxtaposición y no necesariamente dentro de una articulación más abarcativa que pudiera dar cuenta de ambas en un todo coherente. Esta articulación no está resuelta, ni en la teoría ni en la clínica; sin embargo, es necesario intentar poner algún orden dentro de ella. No se trata de un orden que llega al fondo de las cosas, sino simplemente eso: un orden que permita observar con alguna claridad.

1) Existe un campo de los fenómenos humanos que es la clínica, es decir, aquello que podemos observar en el campo de la patología. En este campo hablamos de neurosis, de psicosis, de perversiones, -las tres estructuras señaladas por Freud- al que se han añadido otras como las estructuras fronterizas, estructuras psicósomáticas, etc., aceptadas por algunos psicoanalistas, rechazadas por otros.

2) Existe un campo de la teoría psicoanalítica que describe el concepto de narcisismo, aunque sin una teoría unívoca.

3) Existe un campo de la clínica psicoanalítica que necesita dar cuenta de una serie de fenómenos y que tiende a agruparlos en dos grandes secciones: lo narcisístico y lo edípico, que son para el psicoanálisis las dos grandes configuraciones psíquicas; aunque tampoco suficientemente delimitadas porque lo que para algunos es Edipo temprano, para otros es narcisismo, y lo que para algunos es narcisismo "maduro", para otros es Edipo.

4) Existe un cuarto campo de los fenómenos humanos que tiene que ver con la dimensión temporal, y que a los fines que nos interesan, da por resultado hablar de crecimiento, de maduración, de desarrollo. Entonces se habla del narcisismo primitivo, temprano, infantil, y del narcisismo maduro, adulto. Esto da origen a las teorías de la dependencia e independencia, simbiosis y diferenciación, etc.

El psicoanálisis, en la medida en que ha invadido muchos campos, ha ganado en influencia, pero ha perdido en coherencia. Frente a esto los psicoanalistas de alguna manera toman posición, desde los "expansionistas" que intentan explicar cualquier fenómeno humano desde él, hasta los "puristas" que rechazan cualquier acepción que no esté refrendada en Freud por lo menos dos o tres veces. La teoría lacaniana que preconizó la vuelta a Freud, terminó por crear otra teoría, y el psicoanálisis que llamo "expansionista", a falta de otro nombre, finalmente llegó a nombrar tantas cosas que perdió el sentido freudiano.

La manera en que se organiza esta exposición es a partir de la polémica, es decir, de aquellos puntos que resultan contradictorios, y que de alguna manera he discutido -o querido discutir- con otros psicoanalistas. Digamos que empiezo por el principio, desde la oposición o el encuentro con un doble imaginario, al que quiero identificarme o del que quiero diferenciarme, y ya esto es introducir el narcisismo. Comencemos por el problema de la clínica. Frecuentemente se escucha la oposición entre lo narcisístico y lo neurótico, entendiendo por esta oposición que lo narcisístico es primitivo, dual, fusional, y tiende a quedar definido como sinónimo de lo psicótico o de lo perverso.

Si partimos de una petición de principio, cual es reconocer al narcisismo como una de las dos configuraciones básicas de la mente humana -y como psicoanalista debo partir de este axioma- no surge la necesidad de identificar el narcisismo con alguna de las estructuras clínicas, porque de antemano sabemos que estará presente en cualquiera de ellas. Es decir, que desde el psicoanálisis, la ubicación clínica del narcisismo es un falso problema. Este axioma, por lo tanto, no tiene demostración, pero requiere al menos de una explicación, o si se quiere, de una delimitación que permita ver por qué el narcisismo es una estructura, o configuración, o eje, presente en el psiquismo.

El narcisismo que toma su nombre del mito de Narciso cuando se mira en el espejo del agua, buscando el rostro de la ninfa Eco, remite inmediatamente al tema de la imagen, de la ilusión y del amor, y a otro más, que es la identificación, porque Narciso busca a un objeto y se encuentra a sí mismo. La identificación es caracterizada por Freud como el primer tipo de vínculo objetal. La primera manera con la cual el sujeto puede apropiarse del objeto es a través

de querer ser ese objeto. No ser *como el objeto* sino *ser el objeto*, y la primera modalidad caracterizada por Lacan para la identificación, es el espejismo, la ilusión, en la cual el sujeto ve un rostro en espejo, y sufre la ilusión de que ese rostro es él mismo. Curiosamente se produce un fenómeno paradójico, y es que el sujeto, creyendo ser otro, se encuentra a sí mismo. Es decir, sufre una alienación constitutiva, indispensable, porque quien no encuentre un rostro que le devuelva su propia imagen, no será nunca “alguien”, no tendrá existencia psíquica. Ahora bien, este fenómeno, que es bastante misterioso, no termina aquí porque si bien la mirada es esencial -y esto plantea un problema de difícil resolución en el invidente primario- no se trata de cualquier mirada. No es la mirada solamente como acto de ver. Es la mirada, mirada por el otro. Es decir, el reconocimiento que de sí mismo hace un sujeto a través del reconocimiento de un otro. El proceso tiene dos características, una la de producirse en la imagen, aquello que puede aprehender el ojo humano, una imagen de sí mismo que aparece reflejada en una imagen del objeto, y otra la de dejar un producto que es el Yo. Esta sería la primera relación de objeto, y a la vez es una relación de tipo narcisístico porque se produce por especularidad. Por otro lado, está investida de cargas libidinales, que, de acuerdo a la primera teoría freudiana, están constituidas por la libido narcisista, libido que alimenta al Yo. Se puede reconocer en este proceso lo que Melanie Klein caracterizó como construcción del Yo por vía de la introyección y proyección. Este proceso que da origen a la estructura del Yo es un paso inevitable en la configuración del psiquismo, y por lo tanto, no es pensable -salvo en autismos primarios- la inexistencia del mismo. Es una estructuración constitutiva del sujeto psíquico y, de ese modo, se encontrará en las distintas estructuras clínicas y en todas las variantes psicopatológicas. Ahora bien, estamos hablando de un orden imaginario en el cual aparecerán los fenómenos que el psicoanálisis describe como identificación primaria, como Yo Ideal; denominación que Freud utilizó en sus primeros escritos sobre el tema y luego tiende a abandonar, y que se refiere a un ideal que reposa sobre una imagen que se quiere adquirir.

Esto introduce un problema que debemos abordar inmediatamente y es el de la cronología. En la medida en que se habla de fenómenos que ocurren al inicio de la vida psíquica, se tiende a situarlos dentro de lo infantil, lo primario, en el sentido de lo opuesto a lo evolucionado, lo maduro, etc. Esto es, a mi juicio, una sobreposición de zonas o de órdenes. El orden temporal, la cronología, la ubicación de etapas o niveles de crecimiento, es un préstamo de las disciplinas que estudian al ser humano desde el punto de vista de su crecimiento y su desarrollo. Un soporte fundamental de Lacan es la definición de que el sistema inconsciente no está estructurado por el orden lineal que supone el crecimiento en el tiempo, sino por un orden topológico que ordena los momentos desde el

punto de vista de la lógica y no de la cronología. Es consecuente con el planteamiento freudiano de que no existe temporalidad en el inconsciente, lo que no tiene nada que ver con la idea de que el inconsciente sea un lugar desordenado; por el contrario, es extremadamente ordenado hasta el cansancio, el sistema inconsciente se repite de acuerdo a una misma estructura.

Pues bien, que el niño crezca en tamaño y que desarrolle una serie de funciones físicas y psíquicas que pueden ordenarse hasta establecer un patrón evolutivo, pertenece a un orden de cosas, pero las estructuras lógicas del sistema inconsciente no maduran, no crecen. Se mantienen como ejes que sostienen el psiquismo. De modo tal que la madurez en el sentido de los años no acarrea una "superación" del eje imaginario del psiquismo. Allí, en ese momento mítico cuando un sujeto pudo construirse a partir de su relación especular, quedará ese eje para siempre y no podrá ser desmantelado por el paso del tiempo, a no ser que se desmantelara toda la estructura psíquica. De modo que llamarlo "infantil" es correcto si se quiere denotar que su aparición tiene lugar durante un período del ser humano que el diccionario llama "infancia", pero es incorrecto si se quiere connotar que pertenece a lo que está destinado a evolucionar, a desaparecer, y sobre todo si se quiere decir que es de alguna manera inadecuado cuando se manifiesta en el adulto. La persistencia de la identidad, la recurrencia en la búsqueda del objeto de amor, son fenómenos que tienen algo que ver con todo esto.

Tal como se ha expuesto esta idea, pareciera que esta constitución del Yo a través de la identificación con la imagen del otro, es un fenómeno común, si se quiere hablar de su aspecto constitutivo, pero cuando se realiza en cada sujeto adquiere las características de absoluta individualidad. Es decir, que el proceso no sólo determina una relación especular constitutiva sino las características que tuvo para cada sujeto, las cuales desde el punto de vista teórico no se pueden describir porque pertenecen a la clínica, a la observación del caso. Por otra parte, lo imaginario no puede aparecer sino a través del lenguaje, es decir, de la simbolización que se hace de la imagen. Lo imaginario en estado puro no es atrapable, de modo que frente a un sujeto, objeto de nuestra observación clínica, no podremos captar directamente su mundo imaginario, a menos que nos hable de él, o por lo menos que lo rememore en algún acto. Este punto nos lleva a hablar de lo que se llama narcisismo secundario o Ideal del Yo.

El siguiente paso lógico a que el sujeto es mirado por el otro, es que es hablado por el otro. Son pasos lógicos, no puede establecerse una disociación entre un objeto que mira y un objeto que habla -es decir, que así como el sujeto es bañado en la mirada del otro, es también bañado en el discurso del otro. Y así como esa relación especular produce efectos, también los produce la palabra. La primera constituye una identificación; la segunda también, solo que en este caso,

a la cualidad significativa que la palabra comporta.

A través del lenguaje el sujeto construye un Ideal del Yo, quiere decirse, un repertorio de cualidades que son narcisísticamente representativas porque han sido investidas libidinalmente en la relación de objeto. Ideal no significa en psicoanálisis algo "bueno" sino aquel lugar que el Yo busca porque lo inserta dentro de una relación narcisista, y esto permite que, en materia de estructuraciones de Ideal, la variedad es la regla. El Ideal del Yo tirará del narcisismo del sujeto en forma permanente, de acuerdo a los caminos de la cadena significativa determinados para cada sujeto. Es tan importante la estructuración de este segundo eje simbólico entre el Yo del sujeto y el Yo del objeto, que las identificaciones más básicas residen en él: el nombre, el género sexual, la filiación, y toda la cadena de cualidades significativas sobre las que apoyamos la identidad.

Entonces, para reinsertar esto dentro de la neurosis, habría que señalar que el narcisismo necesariamente existe allí donde haya habido suficiente estructura psíquica para producir un Yo, por lo que su existencia en las neurosis resulta evidente; de modo tal que pensar el narcisismo como un residuo de la infancia, y por consiguiente, algo a ser desmantelado en un tratamiento, implica desconocer su función de eje estructurante. Esto no significa que esa estructuración tenga en un determinado sujeto, la consecuencia de producir un tipo de relación que pueda describirse como infantil, egoísta, dependiente, etc. Por la vía de una maniobra terapéutica, psicoanalítica o no, el tipo de relación, o las significaciones que el Yo haya adquirido, pueden ser modificadas, pero el eje narcisístico, como configuración básica, no puede desaparecer. El Yo requiere del amor constante hacia sí mismo, requiere de sus identificaciones para poder existir. El Yo, en el fondo, no es sino un síntoma del narcisismo, la máscara o coraza con la cual se sostiene. Pensado por un kleiniano, podría decirse que la aniquilación del narcisismo dejaría al sujeto enfrentado a la pura pulsión de muerte. Si bien también es cierto que la búsqueda del absoluto, uno de los rostros del narcisismo, deja al sujeto más allá del principio del placer.

De modo pues que al abordar el diagnóstico o el tratamiento de un sujeto que hemos considerado neurótico, hay dos tareas: una es comprender cuál es el camino que ha tomado su narcisismo, dónde ese narcisismo se sintomatiza, y otra, cuáles son las vías que puede seguir, cuáles son las transacciones que es capaz de hacer, que caída está dispuesto a soportar sin que eso represente una aniquilación. Para ayudarnos en esa tarea es necesario ubicarlo con respecto a la segunda configuración básica del psiquismo que es la estructura edípica.

